Dile que sí al Señor

ERA UN sábado de mañana. Me encontraba sentado en la parte posterior de la iglesia esperando el anuncio para cantar en la Escuela Sabática, cuando se me acercó el director del Ministerio Juvenil, y me preguntó: ¿Conoce a alguien que pueda dirigir una Semana de Oración para los jóvenes, en abril? Después de pensar por unas minutos le respondí que no sabía. El joven se alejó, pero no habían pasado ni cinco minutos cuando regresó, y me dijo: ¿Podría dirigida usted? Mi respuesta inmediata fue afirmativa, y la di automáticamente, pues desde muy joven aprendí que cuando Dios llama hay que obedecerle. El jopen se puso muy contento, me dio las gracias y se fue. Enseguida mi esposa me miró y me hizo lo siguiente observación: "Le dijiste que sí, aunque nunca has tenido a tu cargo una Semana de Oración". Me quedé helado ante la magnitud de la responsabilidad. ¡Una semana de oración! Pero como no quise perder mi comunión con Dios ese sábado, decidí no pensar más en eso.

Cuando íbamos de regreso a casa, le dije a mi esposa que estaba seguro que Dios me ayudaría. Inmediatamente pasó por mi mente la experiencia de aquél hombre a quien Dios llamó, no para una semana de oración, sino para ser el libertador de una gran nación: su nombre es Moisés. Ante el llamado de Dios puso muchas excusas pero, al final, no pudo negarse.

Como Moisés en el pasado, tú y yo hemos sido llamados por Dios. La promesa que Dios le hizo a él entonces, es la misma que nos hace a nosotros ahora. La encontramos en Éxodo 4:12, y dice así: "Ahora, pues, ve, que yo que yo estaré en tu boca y te enseñaré lo que hayas de hablar". ¡Qué privilegio! ¿Se imaginan la escena? ¿Qué más hacía falta? Cuando seguimos la historia bíblica vemos cómo, por medio de Moisés, Dios mostró su poder y sus maravillas. Muchas veces, como hizo Moisés, ponemos excusas que sólo nos convencen a nosotros mismos. Ha llegado el tiempo de echar a un lado el temor y atrevernos a ser diferentes (1 Juan 4 18).

Volviendo a la Semana de Oración, fue una de las experiencias más hermosas que he tenido en mi vida. Cado tarde llamaba a los jóvenes para recordarles el culto de la noche; todos, sin faltar uno, asistieron a las reuniones esa semana. Al finalizar, dos jóvenes aceptaron al Señor en su corazón y fueron bautizados.

La próxima vez que alguien te invite a predicar, cantar o hacer algo en la iglesia, no lo pienses dos vacas; recuerda que es Dios quien te está haciendo la invitación. ¿Quieres ser un canal de bendición, y mejorar tu vida espiritual? ¿Quieres ver el poder de Dios y sus maravillas en tu vida? ¿Qué vas a hacer? No demores más: dile que sí al Señor y Él te bendecirá y te ayudará a ser una bendición para los demás.

Pastor Edwin Medina Rivera
Misión Puertorriqueña del Norte